

GLYN ILIFFE

EL REY DE ÍTACA

LAS AVENTURAS DE ULISES



Cuando Epérito, exiliado tras la traición de su padre, decide interrumpir su camino para ayudar a un grupo de guerreros que batallan por su vida en clara desventaja, poco podía imaginar que los dioses le habían puesto en el camino de Ulises, Príncipe de Ítaca. La inquebrantable amistad que surge entre ellos será puesta a prueba en el apasionante viaje que inician a Esparta, donde con la excusa de ofrecer la mano de la bellísima Helena, Agamenón ha conseguido reunir a reyes y héroes para crear una alianza que termine con las guerras y rivalidades entre los reinos y devolver la paz a la convulsa Grecia. Ulises ve su oportunidad para recuperar el trono que le ha sido usurpado e inicia, sin más armas que su inteligencia y valentía, la fascinante aventura que le convertirá en rey de Ítaca... y en el principio de una leyenda.

Índice de contenido

Cubierta

El rey de Ítaca

Libro primero

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Libro segundo

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Libro tercero

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Libro cuarto

Capítulo 25

Capítulo 26

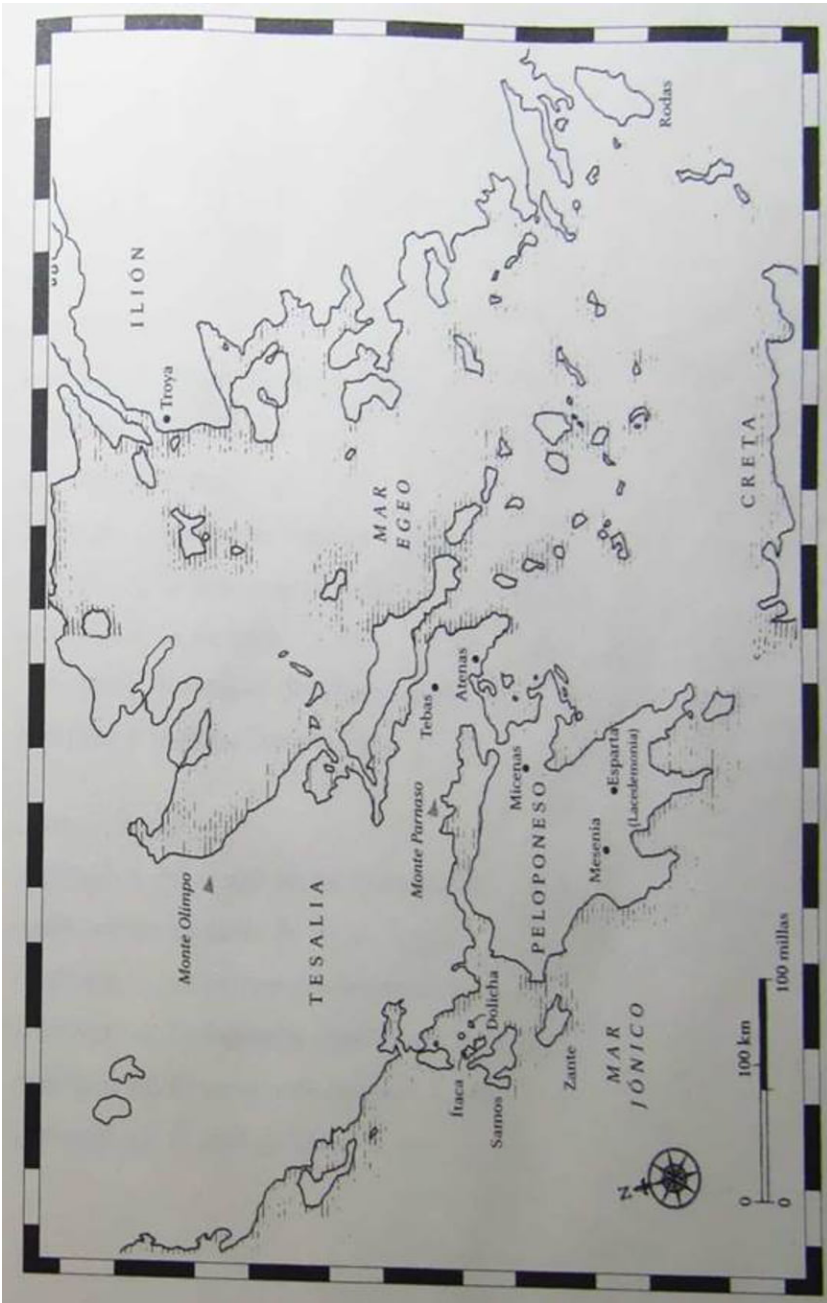
Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Para Jane



Libro primero

Capítulo 1

Monte Parnaso

Era una fría madrugada en las estribaciones del monte Parnaso. El sol subió poco a poco por el este para llenar el oscuro y vacío cielo con una pálida claridad. Un collar de niebla se aferraba a lo más alto de las laderas púrpuras y cambiaba incansablemente con la brisa de la mañana. Epérito se sacudió el entumecimiento de los miembros y olió el aire cargado con el aroma picante del humo. Peregrinos, pensó, que se calentaban junto a las hogueras encendidas antes de iniciar el camino hasta el oráculo.

Decidió prescindir del lujo del calor. Después de un frugal desayuno de gachas frías, recogió sus pocas pertenencias y caminó por la orilla del arroyo que bajaba de las colinas. La ruta inclinada era serpenteante y pedregosa, pero ofrecía un paso seguro y sus empinados bordes estaban coronados con retorcidos olivos que ocultaban su avance de miradas curiosas. En la mano derecha llevaba dos lanzas de fresno, sus mástiles pulidos y negros. También llevaba una espada metida en la vaina debajo del brazo izquierdo, la hoja afilada al máximo. Colgado del hombro cargaba el escudo de piel de buey que su abuelo le había regalado antes de su muerte, mientras que como una protección añadida vestía un ajustado corselete de cuero y espinilleras. Un casco de bronce ocultaba el largo pelo negro, con los guardamejillas atados flojos debajo de la barbilla afeitada. Sus pocas únicas pertenencias eran una gruesa capa de lana marrón, un saco de avena y pan rancio, un pellejo de agua y una bolsa de monedas de cobre.

Durante un rato, mientras caminaba, los únicos sonidos fueron el correr del agua transparente sobre los cantos rodados del lecho del torrente y el suspirar del viento entre los árboles. Los cantos de los pájaros saludaron al sol invernal en su asomar por encima de las cumbres verdes, y sintió que se le aligeraba el humor de una manera que no había experimentado desde que había dejado su casa en el norte. El viaje al monte Parnaso le había llevado varios días, durante los cuales había caminado en solitario con sus sombríos pensamientos, evaluando los desdichados episodios que le habían obligado a dejar su hogar. Pero ahora, con su meta a sólo unas pocas horas de marcha, su espíritu se reanimaba con cada paso.

Su paz se vio de pronto perturbada cuando unos ásperos gritos se oyeron desde el otro lado del río, seguidos por los furiosos golpes de las armas. Los hombres gritaban de miedo y desconcierto; después, tan pronto como había comenzado, el estrépito del combate cesó y dejó en su estela un resonante silencio.

Como la mayoría de los jóvenes nobles griegos, Epérito había aprendido a luchar desde una edad muy temprana y su preparación se puso al frente cuando se agachó y miró en derredor, las lanzas apretadas con fuerza en la palma sudorosa. Sujetó el escudo por el asa y forzó los oídos para escuchar la reaparición de más sonidos de combate. Aunque había deseado participar en una batalla desde que tenía uso de razón, mientras el enfrentamiento acechaba invisible entre los hondones y los riscos del paisaje al otro lado sintió que se le secaba la boca y que la sangre corría con fuerza por sus venas.

Se tomó un momento para calmar los nervios, vadeó el río y se lanzó de bruces en la otra orilla, y su corazón golpeó contra la dura tierra. Se arrastró con mucha cautela por la pendiente, y se acomodó en una posición desde donde podía espiar lo que fuese que había más allá.

Ante él había un amplio claro con forma de cuenco cavado en el rocoso panorama, cubierto de hierbajos y rodeado por un risco bajo. En el centro estaban los restos de un campamento perturbado: las cenizas de una hoguera extinguida, algunos platos de madera y unas pocas capas pisoteadas. Dos grupos de guerreros se enfrentaban a través de los restos, tensos a la espera de un movimiento de los otros.

El grupo más pequeño, cuyo campamento había sido atacado, había formado una línea de unos doce escudos. Estaban a medio vestir y era obvio que se habían armado a la carrera, pero estaban organizados y listos para defenderse. En el centro, un poderoso guerrero, bajo de estatura, con el pecho ancho como su escudo y unos brazos musculosos que parecían ser lo bastante fuertes como para partirle el espinazo a un hombre, se ocupaba de limpiar la sangre de la punta de su lanza con toda tranquilidad. Saltaba a la vista que era de sangre noble. Miraba a la fuerza opo-nente con desdén, con los ojos serenos y sin rastro de miedo.

Delante tenía a veinte hombres, formados en una línea; el sol resplandecía en las puntas de las lanzas levantadas. Lo bien armados que iban los descartaba como bandidos, y, por lo tanto, sólo podían ser desertores de la guerra en Tebas, donde se libraba un feroz asedio no muy lejos de aquí. Habían perdido la disciplina y se les veía macilentos y cansados. Sus armaduras estaban rotas y cubiertas de polvo; algunos de los hombres mostraban las heridas de recientes batallas, y todos tenían el aspecto de no haber dormido en varios días. Uno de ellos yacía tendido boca abajo en el suelo.

Una cabeza y hombro más alto que todos ellos estaba su campeón. El coloso de voz resonante se adelantó para gritar vulgares desafíos al noble.

—El fantasma de tu padre se pudre anónimo en el Infierno y tu madre se prostituye para alimentar su vientre

hambriento. Tus hijos maman de los pechos de las esclavas mientras tu esposa se revuelca con los porqueros. ¡En cuanto a ti...! —Chasqueó los dedos en una muestra de desprecio—. Quitaré la armadura de tu cadáver antes del desayuno.

Los insultos del gigante no obtuvieron respuesta de su fornido oponente, que permaneció impávido ante aquellas palabras. Epérito, en cambio, había oído suficiente. Impulsado por su odio hacia los desertores —y por todos los hombres que renunciaban a su honor— se levantó de un salto en lo alto del risco y clavó una de las lanzas en la tierra junto a sus sandalias. Besó el mástil de la otra, echó el brazo hacia atrás y la lanzó con todo el impulso que su cuerpo pudo dar. Un momento más tarde se hundía en la espalda del malhablado bravucón, e hizo que su cuerpo se tumbase hacia delante sobre la hoguera apagada. Sus gruesos dedos abrieron surcos entre las cenizas, mientras que, con un último insulto en los labios, de su boca abierta manó la sangre sobre los leños ennegrecidos.

Epérito no se detuvo a celebrar el afortunado lanzamiento. Recogió la otra lanza del suelo y corrió hacia las espaldas de los desertores que se volvían, gritando a voz en cuello. Carentes de liderazgo y tomados por sorpresa, se separaron dominados por la confusión. Precipitadamente arrojan una lanza desde un flanco, pero la puntería era mala y el proyectil resbaló por el suelo delante de sus pies. Luego tres hombres en el centro de la línea lanzaron sus propias armas en otro apresurado ataque. Una silbó en el aire por encima de la cabeza de Epérito; la segunda rebotó en la gruesa piel de su escudo; la punta de la tercera golpeó en la espinillera izquierda, y la fuerza del impacto aplastó el cuero contra la tibia.

El dolor subió por su pierna y casi le hizo caer, pero el impulso del ataque lo llevó hacia los asaltantes. Al ver que el más cercano se esforzaba por coger el escudo que llevaba al hombro, se apresuró a clavar la cabeza de bronce de

la lanza en su ingle. El hombre cayó de espaldas con un alarido, se dobló sobre sí mismo y arrancó la lanza de la mano de Epérito.

Sus dos compañeros desenvainaron las espadas al mismo tiempo y se lanzaron al ataque, profiriendo gritos de miedo y furia mientras sus armas se estrellaban contra el escudo del muchacho. Retrocedió ante el furibundo ataque, pero consiguió mantener bien sujeto el pesado escudo y lo sostuvo en alto contra los repetidos golpes. Al mismo tiempo, con la mano libre intentaba con desesperación desenvainar su espada, consciente de que su muerte sólo estaba a la distancia de un pestañeo.

En aquel momento, los hombres a los que había corrido a ayudar arrojaron sus propias lanzas contra las desordenadas filas de sus oponentes, y varios cayeron sobre la hierba seca. A continuación alzaron las espadas y cargaron a través de la brecha que separaba a los bandos. Los atacantes de Epérito miraron asustados por encima de los hombros, sin saber si debían correr en ayuda de sus amigos o acabar primero con el recién llegado.

La indecisión fue una oportunidad que Epérito no desperdió. Desenvainó la espada y movió la hoja afilada al máximo en un amplio arco más allá del borde del escudo, y le cortó la pierna a uno de los enemigos por encima de la rodilla. La sangre manó a raudales sobre la tierra y, con una mirada de incredulidad en sus ojos enrojecidos, el hombre se desplomó sobre los cuajos de propia sangre, para sacudirse en los estertores de la agonía final.

Epérito esquivó de un salto el mandoble lanzado por el otro hombre. El ataque, sin embargo, no había sido forzado, y por un momento se miraron el uno al otro por detrás de los escudos. El guerrero sobreviviente era mucho mayor que Epérito, un hombre de barba gris con las marcas de anteriores batallas en el rostro y el cuerpo. También era obvio que había llegado al límite de su resistencia: los ojos inyectados en sangre se veían temerosos y desesperados, en

una muda súplica de misericordia. Epérito no se dejó engañar. Sabía que si bajaba la guardia por un instante, ese mismo enemigo lo atravesaría alegremente y enviaría a su fantasma a la ignominiosa muerte que el joven soldado temía por encima de todo lo demás.

Jadeante, sujetó la empuñadura de su espada envuelta en cuero con mayor firmeza, tanta que los nudillos se pusieron blancos por la falta de sangre. Los golpes del bronce contra el bronce llegaban desde cerca, marcados por los gritos y los lamentos de los heridos. Su rival miró nervioso por encima del hombro, y en aquel instante Epérito se lanzó al asalto final. Apartó el escudo del hombre, y de un golpe con la espada a la altura de la oreja le hendió el cráneo. Sacó la espada de la herida de un tirón, y con un segundo golpe, todavía más fuerte, lo decapitó.

Para aquel momento, un nuevo líder había reunido lo que quedaba de los desertores en un apretado grupo a un lado del hondón, donde se esforzaban por contener los ataques de sus más disciplinados rivales. Casi de inmediato otro de su grupo cayó y se retorció en el suelo, abatido por un hombre fuerte y de rostro severo, curtido por los años, las guerras y los elementos. El pelo y la barba gris eran largos como los de un sacerdote, la armadura anticuada pero completa. Utilizó el escudo para abrir una brecha en la línea enemiga, donde su víctima había caído, aunque para entonces la batalla se había convertido en una reyerta callejera, donde los hombres luchaban unos contra otros y buscaban la seguridad en la cercanía de sus camaradas. Ahora había poco espacio para utilizar la punta de una lanza o el filo de una espada. Cada bando empujaba con todo su peso contra los escudos, e intentaban por la fuerza bruta derribar el muro de sus enemigos. Los hombres intercambiaban insultos en lugar de golpes, tan cerca estaban, y ninguno de los dos bandos cedía terreno.

De pronto, desde lo alto del risco, llegaron los gritos de unos recién llegados. Un grupo de nueve soldados había

aparecido allí con las plumas de los yelmos agitadas por el viento; el sol de la mañana teñía sus armaduras de un rojo salvaje. Epérito se reanimó ante la visión, al tomarlos como refuerzos, pero cuando los restantes desertores se apartaron de la pelea y corrieron ladera arriba para unirse a ellos comprendió que la batalla distaba mucho de haberse acabado. Arrancó una lanza del cuerpo de un caído y corrió hacia donde el fornido noble gritaba órdenes a sus hombres para que se formasen en la base del hondón.

El guerrero de pelo gris palmeó a Epérito en la espalda.

—Bien hecho, muchacho —le dijo, sin apartar la mirada de la línea enemiga que se formaba en la cima del risco—. Hace mucho que no había visto tanto coraje en la batalla, o tanta suerte.

Epérito, sonriente, miró hacia donde sus oponentes bajaban por la ladera, echadas hacia atrás las lanzas buscando sus objetivos. En aquel momento, el noble bajo se adelantó y levantó la palma de la mano hacia los lanceros enemigos.

—¡Bajad las armas! —ordenó, y su potente voz los detuvo en el acto—. Demasiados hombres han muerto hoy, ¿y para qué? ¿Por las pocas monedas de cobre que llevamos? No seáis idiotas, regresad a vuestras casas y salvad vuestras vidas y vuestro honor.

En respuesta, uno de los recién llegados se adelantó para escupir en el polvo. Su rostro marcado por las cicatrices mostraba una expresión burlona cuando habló con un fuerte acento.

—Tebas era nuestro hogar, y ahora no es más que una ruina humeante. Pero si queréis salvar vuestras miserables vidas, dadnos las monedas que tenéis y os dejaremos seguir vuestro camino. También nos quedaremos con vuestras armas y las capas, y todo lo demás que podáis llevar.

—Hay presas más fáciles que nosotros en las colinas, amigo —respondió el noble con su voz tranquila y firme—. ¿Por qué desperdiciar más sangre de tus hombres cuando puedes encontrar a peregrinos ricos e indefensos?

Se oyó un murmullo de asentimiento de la fila de lanceiros, que se apagó en cuanto el hombre de las cicatrices levantó la mano para pedir silencio.

—Ya hemos tenido nuestra cuota de peregrinos —declaró—. Además, nuestros camaradas muertos reclaman venganza; no creerás que íbamos a dejar sus muertes sin castigo, ¿verdad?

El noble exhaló un suspiro y entonces con una sorprendente rapidez se lanzó ladera arriba y arrojó la pesada lanza a la línea de guerreros que tumbó a uno de ellos con la potencia del impacto. Epérito sintió cómo la excitación corría por sus venas cuando cargó con los demás hacia el enemigo, gritando y arrojando sus lanzas. Algunas encontraron sus objetivos, y consiguieron que los nuevos rivales retrocediesen mientras flaqueaba su confianza. El hombre de las cicatrices se apresuró a reunirse con los camaradas, que lanzaron sus propias lanzas un momento más tarde. Su puntería era apresurada y esporádica, pero un lanzamiento afortunado encontró el ojo de un joven soldado que corría junto a Epérito. Le abrió la cabeza como una sandía y desparramó el contenido sobre su brazo.

Al instante, Epérito corría con la espada en alto y el escudo como un ariete contra la línea enemiga. Un hombre cayó de espaldas ante él, al tropezar su talón con una piedra. Sin embargo, no tuvo tiempo para hundir la espada en el cuerpo postrado, porque otro hombre mucho más grande y fuerte se lanzó hacia delante y clavó la espada en el escudo. La punta se detuvo a un milímetro del estómago de Epérito, antes de quedarse trabada en la piel de buey.

Epérito apartó el escudo a un lado, arrancando la espada de la mano de su oponente y abriendo su guardia. Sin vacilar hundió la punta de su arma en la garganta del hombre, que cayó muerto en el acto.

Mientras se desplomaba, otro hombre se lanzó contra sus costillas con una lanza, pero antes de que la punta pudiese derramar su sangre sobre el suelo rocoso, el guerrero